

ELOGIO DE LA LOCURA

**ADAPTACIÓN DE LA OBRA DE
ERASMO DE ROTTERDAM.**

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1989

ELOGIO DE LA LOCURA.

PERSONAJE:

LA LOCURA. PUEDE SER DEL SEXO MASCULINO O FEMENINO.

ESCENOGRAFÍA.

Máscaras y telas colgantes. Las telas serán cortas y largas, de diversos materiales predominando las gasas. Igualmente deberán tener distintos colores. Ninguna tela tendrá dibujos. Las telas colgarán de las máscaras o bien del techo. En las paredes colgarán también telas.

Las telas al ser movidas por el actor formarán columnas, túneles, cuevas, etc. Etc. Estas mismas telas pueden encarcelar al protagonista como una tela de araña.

Las máscaras representaran a la cordura, la alegría, los lados positivos y negativos del ser humano.

Al iniciarse la acción se iluminarán las telas y las máscaras desde distintos ángulos para dar la sensación de volúmenes y movimiento. Esto último se puede lograr además con ventiladores colocados estratégicamente. Se escuchará música alegre, juguetona.

Entra la locura. Es un personaje con una larga cabellera suelta que viste una túnica de gasas que llega a los pies y que tiene una larga cola. Las mangas serán muy amplias. Irá descalza. Entra bailando. Ríe. Juega con las telas. Primero lo hará lentamente para llegar a hacerlo con toda rapidez. Se empieza a reír de las máscaras, sobre todo de la máscara de la razón. Su risa será contagiosa de ser posible. Se acerca a proscenio. Le señala al público las máscaras. Ríe. Invita al público a que haga lo mismo. Se queda seria. Le gana la risa. Ríe largamente.

LOCURA.- *(Señalando las máscaras)* El vulgo dirá de mí lo que quiera, pero lo cierto es que no soy tan insensata como se cree, puesto que nadie posee como yo el secreto de divertir a los dioses *(Pequeña pausa. Observa al público)* y a los hombres. ¿O no es así? En cuanto ustedes me vieron aparecer sus frentes se desarrugaron y sus labios no pudieron contener la risa. Con mi sola presencia he producido sobre ustedes el mismo efecto que produce el sol cuando, después de un crudo invierno, redobla su vigor y funde la nieve y el hielo, devolviendo a la tierra su fecundidad y su alegría. Yo soy para ustedes la primavera. Y como tal soy feliz y por eso me voy a elogiar ante ustedes. *(Camina o más bien danza hasta llegar frente a la máscara de la razón)*. No me importa que con esto se moleste su majestad ¡la razón! *(Le hace gestos a la razón, le puede sacar la lengua. Se ríe)*. No tengo por sabios a aquellos que consideran

ELOGIO DE LA LOCURA.

inmodesto y petulante alabarse a si mismo. Yo soy la locura...sí, la locura...no se asusten. (*Señala la máscara*). Si ella es la razón yo tengo que ser su contraria. Por eso lo más natural del mundo es que la locura se alabe y proclame sus propios méritos. Nadie mejor que yo misma para darme a conocer, porque no creo que ninguno de ustedes pretenda conocerme mejor ni tan bien como yo me conozco. En resumen, no hago más que poner en práctica el antiguo proverbio que dice: “Bien hace en alabarse a sí mismo quien no tiene nadie que lo alabe”. (*Al público*). ¿Cómo les gustaría que me dirigiera a ustedes? ¿Los llamaré honorables, ilustres, dignos, sesudos, amados señores míos? Confieso que todos estos títulos me repugnan. (*Imita a un presentador*). “Ilustre público aquí presente, dignos caballeros, sesudas damas, amados hermanos míos” (*Ríe*). No, lo lógico y natural es que los designe con el epíteto de locos. ¿Puede darse algún otro más honroso? Así que escúchenme mis locos de remate. Estoy segura que no todos conocen mi abolengo así que voy a exponérselos con auxilio de las musas. No desciendo del Caos, ni de Saturno, ni de Júpiter, ni de ningún otro de esos dioses gotosos y cansados, sino que procedo de Pluto, soberano de las riquezas, padre de los dioses y de los hombres; de Pluto, que ahora como antes trastorna por completo, igual las cosas sagradas que las profanas; de Pluto, que maneja a su antojo los imperios, los tratados, los gobiernos, la justicia, las leyes, la paz, la guerra, los matrimonios, lo alegre, lo triste. ¡Ese es mi padre! Pero no me sacó de su imaginación como Júpiter sacó de la suya a Minerva, sino que me dio por madre a Hebe, ninfa de la juventud, la más bella de todas. No soy fruto, como ese renego de Vulcano, de un deber matrimonial, sino de una unión amorosa, del amor libre. ¿Quieren saber dónde nací? Sepan, que no nací como Apolo en la isla de Delfos; que no procedo como Venus, de las olas del mar; que no vengo de las entrañas de la tierra, sino que soy de las Islas Afortunadas, en donde el suelo produce sin necesidad de trabajarlo, en donde no hay enfermedades ni vejez, en donde crecen la mejorana, el loto, el jacinto, la rosa y la violeta, de modo que allí puede creerse uno en el jardín de Esculapio o en los pensiles de Venus. Nacida entre tantas delicias, no entré al mundo llorando y pataleando (*Señala al público*) como ustedes, sino sonriendo graciosamente a mi madre: y no tengo que envidiar a Júpiter la cabra que le sirvió de nodriza, pues a mí me amamantaron dos hermosas ninfas; La Embriaguez, hija de Baco (*Se mueven un conjunto de telas colgantes*) y la Simpleza, hija de Pan. (*Se mueven otras telas*). Ustedes las podrán reconocer entre las personas que forman mi séquito (*Se mueven la mayoría de las telas y algunas máscaras*). ¿No las conocen? (*Conforme las va nombrando se mueven diferentes telas o máscaras. Ella camina entre ellas, las puede tocar, acariciar, jugar con ellas*). Esta es el

ELOGIO DE LA LOCURA.

amor propio...esta la Adulación (*Se aplaude a sí misma*)...a su lado está el Olvido...Aquella es la Pereza y esta, mi preferida...La voluptuosidad. (*Va ilustrando con movimientos de su cuerpo lo que representan cada una de ellas*). Esa otra es la Inconsciencia y esta es la Molicie. (*Busca con la mirada, después camina buscando. Llama*). ¿Dónde se esconden? Como es el genio de los banquetes y Morfeo es el que gobierna los reinos del sueño. (*Los encuentra*). Aquí están. ¡Cuidado con perderse otra vez ya que los puedo necesitar!...Auxiliada por estos fieles servidores, tengo bajo mi poder el mundo entero, sin excluir a los monarcas. (*Se pasea como una reina. Coloca alguna tela como una túnica de reina. Va así hasta la máscara de la razón*). ¿No me das la razón, razón? (*Ríe*). Ahora que ya conocen mi origen, mi condición y mi séquito, para que no se me acuse de detentar gratuitamente el título de diosa, voy a explicaros hasta donde se extiende mi imperio y los infinitos beneficios que otorgo así a los dioses como a los hombres. Pongan mucha atención (*Pausa musical*). ¿Existe algo más precioso y amado que la vida misma? ¡No! ¿Y quién más que yo contribuye a darla? Les hablo lisa y llanamente según es mi costumbre. Por eso les pregunto confidencialmente... ¿Con qué se reproducen los dioses o los hombres? (*Sonríe*). ¿Es acaso con la cabeza, con el rostro, con el pecho, con las manos, con las orejas o cualquier otra parte del cuerpo de las que se llaman honestas? Claro que no. Lo hacen con aquellas que no se pueden citar sin causar rubor o la risa, y, que, sin embargo, forman el sagrado manantial del que fluye la vida con más exactitud que las que ofrecen las tablas de Pitágoras. Sean francos, ¿quién de ustedes ofrecería su cuello al yugo del matrimonio si hubiera cavilado, como hacen los sabios, acerca de las preocupaciones e inconvenientes de la vida conyugal? ¿qué mujer consentiría que se le acercara un hombre si pensase serenamente en los trabajos del hogar, en el dolor del parto, en los trastornos de criar a los hijos? Solamente con la locura, o sea conmigo, se puede hacer eso, por eso tienen que deducir que si ustedes son fruto del matrimonio me lo deben a mí. Pero la vida que tienen sin dichas no es vida, y a quién le deben el que sea gozada. ¡A mí! Les pregunto ¿es que aparte del placer, hay algo que no sea insípido, aburrido, triste, monótono, molesto? La vida sería insoportable si no se le adereza con la sal de la locura. ¿No lo creen? Dejen que se los demuestre. Todos sabemos que la primera edad es la más venturosa de todas. ¿Y qué es lo que nos mueve a besar a los niños, a acariciarlos, a enternecernos contemplándolos, sino el atractivo de la ignorancia con que la prudente Naturaleza los ha adornado, como si con ello quisiera compensar los trabajos que dan, y a hacer más llevaderos los sacrificios que imponen? Llegada la adolescencia ¡qué agradables nos resultan sus encantos! ¡Cómo la festejan todos! ¡Con qué solicitud se le tienden las manos y

ELOGIO DE LA LOCURA.

se le auxilia! Y yo me pregunto ¿de dónde procede esa atracción juvenil sino de mí, que rodeando de inexperiencia a los adolescentes, hago que se encuentren libres de todo fingimiento? En cuanto se van alejando de mí la hermosura se desvanece en ellos, la alegría deja paso a la preocupación, el vigor decae, el donaire se esfuma; y así hasta llegar a la triste vejez, molesta para el que la sufre y para los demás, y que sería imposible si yo no acudiese en auxilio de la víctima, procurándole alguna metamorfosis, como los dioses hacen con sus protegidos; por eso han ocurrido, entre otras, la transformación de Faetón en cisne y la de Alción en pájaro. Por mi parte, cuando veo que los hombres se acercan lamentablemente al sepulcro, los torno a la niñez, y de ahí que se diga que “la vejez es una segunda infancia” ¿Qué cómo lo hago? Les doy a sorber agua del olvido, que disuelve en ellos los cuidados y preocupaciones, con lo que insensible y fácilmente, vuelven a sus años pueriles. Yo les doy como compensación a las miserias de su vejez una falta de juicio; así los aparto de las preocupaciones que los atormentan; y de paso les abro el camino de su consoladora compañera...la bebida. Y libres ya de los disgustos no falta el anciano que quiere “amar” (*Ríe*) En verdad, yo hago a los ancianos felices, simpáticos y graciosos...Ahora bien, si los humanos renegaran por completo de la sabiduría, si se pusieran por completo bajo mi directiva, gozarían de una juventud perpetua, con todos sus encantos. No se verían entonces esas caras demacradas, esos cuerpos agotados por haberse entregado a los estudios de la filosofía y de otras arduas cuestiones que les hacen aparecer ancianos cuando aún son muchachos; porque el mucho cavilar seca los espíritus y agota las fuentes de la vida. Veán, en cambio, lo que ocurre con mis queridos locos, que están gordos y sonrosados como cerdos, sin sentir las molestias de la vejez. Ya sé que la dicha completa es imposible para el hombre, pero nadie se atreve a discutir que la locura es el único dique que detiene las aguas desbordadas de la juventud y las arroyadas traicioneras de la vejez. (*Ahora sube una escalera en espiral que no conduce a ningún lado*). (*Goza la ascensión*). Hasta ahora hemos hablado sólo de los hombres, digamos también algo de los habitantes del cielo. (*Señala la parte alta a la que llegó*). Les aseguro que no hay dios que merezca ser tomado en serio si no cuenta con mi apoyo. Baco siempre está beodo, va de festín en comilona, de danza en orgía, sin acordarse para nada de Palas, desdeñando el título de sabio y gustando, en cambio, de las burlas y las picardías. (*Brinda simbólicamente con él*). ¿A quién no le agradecería ser este sucio, mentecato, con tal de vivir eternamente joven, rodeado de risas, acariciado, cubierto de flores, en vez de estar siempre con aire amenazador, como Júpiter, o tiznado de hollín, como el cornudo Vulcano, o mirando perpetuamente de reojo, con la

ELOGIO DE LA LOCURA.

infaltable lanza y el menos infaltable escudo en el brazo, como Palas? ¿Y qué me dicen de Cupido? ¿Por qué creen que tiene la juventud eterna? Pues, sencillamente, a que no discurre y no hace más que necedades. Y la inmutable belleza de Venus, la de los cabellos dorados ¿a qué suponen que es debida? Pues a que la diosa tiene cierto parentesco conmigo como lo prueba su color. ¿Quieren que les recuerde las aventuras de Júpiter o los amoríos de la casta Diana? ¿Y qué hacen los dioses cuando se embriagan? Priapo se lanza a hacer de las suyas; Mercurio comete raterías y trampas; Vulcano, el bufón de los festines, hace desternillarse de risa, con sus piruetas, a los dioses glotones; Sileno, el viejo libidinoso se pone a bailar con el ágil Polifemo, mientras que los peludos sátiros representan escenas impúdicas. Pan, por su parte, con sus cantos idiotas, hace estallar en carcajadas a todos. (*Ríe mientras baja la escalera. Busca a la razón*). Razón, amada razón, no te escondas. (*Al público*). Los dioses relegaron la razón a un escondido e insignificante lugar en la cabeza, mientras que repartieron las pasiones por todo el cuerpo. (*Encuentra a la razón. Esta última gime*). Haces bien en gemir, tus enemigos son fuertes; uno es la ira y otro la concupiscencia que impera en la parte inferior de nuestro organismo. (*Imita con movimiento a la ira y a la concupiscencia*). De nada te sirve hablar de honestidad, templanza y todas las virtudes; el hombre se rebelará siempre en contra de tu tiranía. (*Camina por todo el escenario. Tararea música alegre*). Sin embargo, como el hombre está destinado a manejar y regir las cosas de la tierra, se hizo necesario ponerle un freno a esa rebeldía, y Júpiter me pidió consejo de lo que podía hacer. (*Al público*). De seguro que todos ustedes ya saben lo que le contesté ¿verdad? Le dije que le diera una compañera al hombre. La mujer es un animal vano e inconstante como ninguno pero también cariñoso y servicial, y en el hogar del hombre suaviza con su tontería las brusquedades propias de la condición varonil. Cuando Platón se quedó vacilando entre incluir a las mujeres en el grupo de animales racionales, no hizo más que señalar la estupidez de ese sexo. El conocido proverbio griego que asegura que “aunque la mona se vista de seda, mona se queda”, a nadie mejor que a la mujer puede aplicarse, pues, por mucho que trate de encubrirse bajo un disfraz de inteligencia, es mujer, es decir, sandía, y sandía se queda. No obstante, pienso que su sandez no la llevará a enfadarse conmigo por el hecho de que les descubro ese secreto, ya que también yo soy mujer, y la más mujer de todas ellas, pues soy la Locura. Pensándolo bien, no sólo no deben molestarse, sino que deben estarme agradecidas, porque precisamente por su locura, son más felices que los hombres. ¡Infeliz la que trate de imitarlos! En primer lugar tienen el privilegio de la belleza, que las coloca encima de los hombres y que les permite, inclusive, tiranizar a los

ELOGIO DE LA LOCURA.

mismos tiranos. Es innegable que lo que al hombre le da su aspecto rudo es la piel cubierta de vello y la barba poblada, que le hacen parecer viejo aun siendo joven, y esto a causa de ser razonable; la mujer, en cambio, pone todos sus afanes en aparecer siempre joven; su voz es delicada; sus mejillas, lampiñas; su tez, siempre suave. Todo cuanto hace no tiene más que un fin; agradar al hombre; para eso se acicala, se cubre de afeites, se perfuma, se pinta, se peina, se viste, se baña. Así, pues, la locura es lo único que en ella agrada, de manera que todos disculpan sus necesidades, sobre todo el hombre enamorado, que por ese motivo se harta también de hacerlas. (*Pequeña pausa*). Les he hablado de la mujer, del mayor manantial de satisfacciones de esta vida; pero hay hombres, sobre todo los viejos, que prefieren la botella a la mujer. Otros dicen que la amistad es lo principal en la vida, algo así como el agua, el aire o el fuego. Pues bien; yo puedo probarles que soy el principio y el fin de ese beneficio tan celebrado. Vamos a ver; creer en su afecto, alabar sus vicios como si fueran virtudes, cerrar los ojos a sus defectos ¿no es realmente locura? El enamorado que besa con pasión una verruga de su amada, el que respira con arrobamiento el aliento fétido de su amiga, el padre que piensa que los ojos de su hijo son los más bellos del mundo, cuando es patente que padece de un pronunciado estrabismo ¿no son ejemplos vivos y rotundos de la estupidez? Pero es esta misma estupidez la que forma y conserva las amistades. La mayoría de los hombres carece de sentido común y no cesa de cometer tonterías, y como la amistad no puede establecerse sino entre personas que tengan cierta semejanza entre sí es fácil comprender su entendimiento. (*Ahora camina a proscenio. Observa al público. Señala a algunas parejas*). ¿Casados, son ustedes dos casados...y ustedes? Todo lo que acabo de decir, puede aplicarse con mayor razón al matrimonio. ¡Qué de divorcios y de cosas peores ocurrirían sin cesar sobre los hogares si mis excelentes auxiliares *observa las telas que se mueven*. la Adulación, el Disimulo, la Broma y la Ilusión no evitasen el relajamiento del vínculo conyugal! ¡Cuántas bodas no se llevarían a cabo si los novios, procediendo con prudencia, quisieran enterarse del pasado de sus prometidas, tan pudorosas, tan recatadas, tan delicadas en apariencia! ¡Y qué de separaciones ocurrirían si la necesidad de los maridos no cubriese el descarrío de sus señoras, que de esa manera queda ignorado! Yo oigo decir que todo esto es fruto de la Locura, y estoy de acuerdo, sin mí, la esposa no soportaría la marido, éste no soportaría a aquella y en la casa no reinaría la paz. Todos se ríen del infeliz que se ablanda ante las lágrimas de la adúltera, le llaman cornudo o cabrón, más, díganme honradamente ¿no es preferible ser así que entregarse a la desesperación y acabar haciendo una tragedia? Resumiendo, sin mí no es posible la relación humana, *se acerca nuevamente a la*

ELOGIO DE LA LOCURA.

máscara de la razón. aunque a ti no te guste lo que digo; por lo menos la relación amable y llevadera; sin mí, los súbditos no soportarían al monarca, ni el criado al señor, ni el estudiante al maestro, ni el actor al director, ni el amigo al amigo, ni el esposo a la mujer, ni el invitado al anfitrión, ni los hijos a los padres o los padres a los hijos; es preciso que se engañen, que se adulen, que finjan y se sonrían hipócritamente. Pero vayamos ahora al amor propio. ¿Puede amar el que se aborrece a sí mismo? ¿Es posible ponerse de acuerdo con los demás si nunca se está de acuerdo consigo mismo? Sin el estímulo del amor propio, el orador no entusiasma, el músico se equivoca, el poeta resulta grotesco, el pintor es objeto de la burla del entendido, el médico se muere de hambre entre sus recetas, Preciso es, pues, reconocer que cada cual debe lisonjearse a sí mismo y pensar en su propia estimación antes que en la ajena. ¿Qué impulsa a los héroes a sacrificar su vida por la patria o ganar batallas? La vanagloria. Los títulos y sobrenombres son otorgados con prodigalidad a tiranos y mentecatos que quieren equipararse a los mismos dioses. Los poetas y los oradores han aguzado su ingenio para exaltar hasta las nubes a los adulados. Esa locura es la que engendra las religiones, las leyes, los tribunales y las asambleas. La vida entera de los hombres y de las naciones es sólo y únicamente un juego de orates. (*Pausa larga. Al público*). Si alguno de ustedes pudiese ser llevado a las alturas en que los poetas colocan a Júpiter ¿qué verían desde ahí? Verían un sinfín de calamidades que afligen a la humanidad; la suciedad del nacimiento, lo penoso de la crianza, los peligros de la infancia, los sacrificios y desvelos de la juventud, las tristezas y dolores de la vejez; y finalmente, como coronación a todo eso, la muerte. Vería las mil enfermedades que nos acechan, los infinitos accidentes que nos amenazan, la multitud de desgracias que le amargan la existencia al hombre, y eso sin contar con las que él mismo se produce: la deshonra, la vergüenza, las traiciones, los procesos, los pleitos, la pobreza, las intrigas, la cárcel y tantas y tantas otras. Si la humanidad no estuviera loca ya se hubiera suicidado, pero no, todos se aferran con desesperación a esta vida. Gracias a mí andan por el mundo caducos, desdentados, chochos, babosos, calvos, secos, temblorosos, pero que en lugar de morir quieren enamorarse de una doncella. (*Se mueven las telas, ella las esquivo mientras danza y ríe*) Ninguna camisa de fuerza me detendrá, (*Se envuelve en telas como si fueran camisa de fuerza, las arroja*). Ni tú, adorada razón, podrás nada contra mí. Soy indispensable para la vida, si no díganlo esas ancianas que parecen cadáveres resucitados o arrancadas de las profundidades del infierno y andan de aquí para allá buscando un varón; se cubren el rostro de afeites, no cesan de mirarse a los espejos, se depilan, se operan, alargan extraordinariamente sus escotes, tratan de provocar con sus miradas y sus

ELOGIO DE LA LOCURA.

ademanes los requiebros de los hombres, concurren a los espectáculos públicos, hacen regalos a los jóvenes. Claro que todo el mundo se burla de ellas, pero, gracias a mí, se encuentran tan satisfechas que no ven que son el hazmerreír en todos los sitios donde se presentan. Pero no siempre esto fue así, en la sencilla y hermosa edad de oro, en la que no se sabía lo que era la ciencia, los hombres vivían felices de acuerdo a las inspiraciones de su deseo y a los mandatos de sus instintos. No necesitaban la Gramática, porque todos empleaban el mismo idioma y no precisaban más vocablo que los precisos para entenderse entre sí. No conocían la Dialéctica, porque entonces no tenían que combatir opiniones contrarias a las suyas, que eran las de todos. No sabían qué era la Retórica, porque no redactaban ni pronunciaban discursos. Sinceramente religiosos, no sentían la sacrílega curiosidad de descubrir los arcanos de la naturaleza, de conocer las dimensiones y los movimientos de los astros y sus influencias sobre los hombres. Pero, poco a poco, esa pureza de la edad de oro fue corrompiéndose, hasta llegar al nacimiento de las ciencias, hijas de un genio maléfico, y que de ser pocas las multiplicaron hasta el infinito, para tortura de los cerebros, de tal manera que una sola de ellas, la Gramática, es suficiente para martirizar y volver loco a cualquiera. *(Pausa)*. No me cansaré de repetirlo; los que más se alejan de la felicidad son los que más saben, y por eso son doblemente necios. Por lo que más quieran, díganme si hay alguien más feliz que esos hombres tratados por todos de locos, aturdidos, necios, estúpidos; epítetos que, a mi juicio, son los más honrosos que puedan aplicarse a uno. ¿No piensan así? Fíjense en esto; ellos están libres del temor de la muerte, no sienten remordimientos de conciencia, no tienen temor a los fantasmas, no piensan en el porvenir, no abrigan esperanzas de bienes ni temores de males, no tienen responsabilidad ante nadie, en una palabra, están libres de todas las preocupaciones que afligen a los demás mortales. Ellos no sienten vergüenza o pudor de nada, no los domina el miedo, no saben lo que son los celos, no tienen envidia; son en resumen, tan brutos como los mismos brutos, y, según los teólogos, están llenos de pureza, están libres de los dolores del pecado. *(Se mueven furiosamente algunas telas. se escucha ruido de guerra. la locura corre de un lado a otro)*. ¡Fuera, fuera! *(Las telas se calman, ella queda un poco asustada)*. Menos mal que se fue. Ella también es la Locura, la que sube de los infiernos cada vez que las furias lanzan sus serpientes para despertar en los hombres la fiebre de la guerra, la sed del oro, el crimen del incesto, los amores sacrílegos, el parricidio y los demás horrores por el estilo, Yo soy bien distinta, por cierto, mi locura, y es la que todos ansían disfrutar, se manifiesta generalmente por un agradable extravío que libra al espíritu de sus preocupaciones y pesares y lo sumerge en un baño de delicia. Pero conste, no

ELOGIO DE LA LOCURA.

acepto como locura cualquier trastorno de los sentidos del hombre. No basta que confunda un asno con un mulo o tome por obra maestra una poesía llena de ripios. Ocurre que cuanto más loco es uno, más dichoso se siente, se los digo yo que sabe lo que dice, pero hago la salvedad de que me refiero a los locos de verdad, a los que son mis fieles vasallos... a ustedes. ¿Quién de los presentes no tiene una manía? Es de los míos el cazador que se levanta a las dos de la madrugada y que es capaz de llegar al éxtasis oliendo los excrementos de las piezas; o el que tiene la debilidad de construir o comprar y que siempre termina arruinado. De los míos son los que viven en las grandes ciudades, los que gozan recogiendo y contando aventuras y prodigios. De los que jamás se puede dudar son de los fanáticos que creen que si ven una imagen o un cuadro de San Cristóbal ya no se mueren ese día; ni de los soldados que rezan cierta oración a Santa Bárbara para regresar ilesos de la guerra; ni de otros crédulos que afirman que, arrodillándose a determinadas horas ante la imagen de San Erasmo y llevándole velas, el santo los hará ricos al instante. ¿Y qué puedo decir de los que engañan a los creyentes con falsas indulgencias y que miran con una precisión matemática los siglos, los años, los meses, los días, las horas y los minutos que las almas han de permanecer en el Purgatorio; ¿Y qué de los que basándose en palabras mágicas, en signos cabalísticos y en salmos inventados por algún avezado impostor para sacarles el dinero y reírse de ellos, esperan ser ricos, tener honores, gozar de buena mesa, disfrutar de una salud excelente, llegar sanos a viejos y contar con un lugarcito en el cielo, al lado del Salvador? Claro que este último beneficio no lo desean hasta la última hora de su vida, pues se prenden con todas sus fuerzas a los placeres del mundo, y solo desean el cielo para cuando se les acabe la tierra. Incluyo entre los nuestros a algunos comerciantes y algunos políticos, policías y guerreros, que separando de sus rapiñas unas monedas para la Iglesia, piensan que están tan limpios de culpa como si se hubieran bañado en aguas del Edén, libres de la costra de sus pecados, de sus orgías, de sus calumnias, de sus muertes, de sus traiciones, hasta el punto de creer que pueden volver a empezar la serie de sus maldades. Es difícil realmente hallar seres más locos y al mismo tiempo, más felices, que los que creen que rezando van a ganar la gloria eterna. Todas estas necedades, son aprobadas, no ya por la plebe, sino también por los mismos que se dedican a la enseñanza de la religión. Y aún hay más. Hay, por ejemplo, la insigne sandez, ya costumbre general, de que cada pueblo tenga su santo patrón particular, y que cada uno de estos santos sea objeto de un culto especial y tenga sus peculiares atribuciones: así vemos que uno cura el dolor de muelas; que otro posee una especial virtud para procurar a las parturientas un alumbramiento feliz; que otro devuelve los objetos perdidos; que

ELOGIO DE LA LOCURA.

otro es abogado de los navegantes y los conduce a un buen puerto; que ese otro sirve para conseguir matrimonio, uno más evita la impotencia. (*Ríe*). ¿Quieren saber cuál es este último? No se los diré. No. Búsquenlo ustedes si creen en él como cree cada gremio en el suyo: Médicos, abogados, músicos, talabarteros, ladrones, etc. etc. Todos tienen su santito particular. Olvidaba decir que algunos santos acaparan varias especialidades, mereciendo citarse en este aspecto a la madre de Dios, a quien el vulgo llega a atribuir una omnipotencia mayor que la de su propio Hijo. A estos santos patronos les piden cosas que están íntimamente ligadas con la locura, nunca se les pide curar la idiotez o adquirir algo de sabiduría, no, todos piden millones, poder, fuerza y belleza. (*Pausa en la que camina hasta el centro del foro, se coloca como un cadáver, ríe. Habla desde el piso*). Otros locos son los que disponen en vida las ceremonias que han de hacerse en su funeral, detallando con toda minuciosidad hasta el número de cirios. ¡Qué vanidad! Tan grande como los que se sienten superiores por poseer un título nobiliario. (*Se levanta, va hacia el público*). ¡Saben ustedes en quiénes se manifiesta en todo su poder el amor propio? Sí, en ellos, en los artistas. (*Va con la razón*). Por una vez en tu vida dame la razón, razón. No has visto como son capaces de perder la herencia de sus padres con tal de ser tomados por genios. Especialmente los músicos, los dramaturgos, los poetas. Los cómicos y los oradores llega a tales extremos de egolatría, que, cuando más vacuos son, más se inflan de vanidad y con más desprecio miran al resto de los humanos. Naturalmente, no falta quien los admire, dándose el caso de que el número de admiradores es mayor cuanto mayor es su estupidez. El amor propio es como la adulación, con la diferencia de que el primero es algo así como pasarse uno mismo la mano por el lomo, mientras que la segunda viene a ser pasársela por el lomo a los demás. La adulación está desprestigiada; craso error, es una virtud y ahí está el perro para demostrarlo; no existe animal más adulator y, al mismo tiempo, más leal. La adulación levanta el espíritu decaído, anima a los tristes, da fuerza a los débiles, desarma a los coléricos, fortalece las amistades, inspira a los niños y a los poetas, alecciona a los poderosos; en fin, hace que el hombre sea más agradable y más indulgente para sí mismo, lo cual es la mayor felicidad a que puede aspirarse. Y la felicidad consiste, realmente, no en las cosas mismas sino en el concepto que de ellas nos formamos. Pongamos por ejemplo al hombre casado con un esperpento que a él, sin embargo, le parece Venus; ¿Acaso el resultado no es el mismo que si ella fuese un portento de hermosura? El que coloca en su casa un cuadro embadurnado por un pintamonas y lo admira convencido que es mejor que un clásico, ¿no es más feliz que el que paga altísimos precios por una firma y que la mira sin el entusiasmo del primero?. Yo sé de un hombre que

ELOGIO DE LA LOCURA.

regaló a su esposa unos brillantes falsos, haciéndole creer que eran de un valor inapreciable. Bueno: ¿qué le interesaba a aquella mujer de sus diamantes más que la felicidad de su contemplación le proporcionaba? Para ella eran los más hermosos del mundo y los guardaba como un tesoro. Y ahora vamos a otra cosa. La razón principal entre todas las que se aducen para justificar la adoración de Baco, es la que posee la virtud de ahuyentar las penas. Es verdad, pero esto dura poco tiempo, pues en cuanto se ve uno libre de los vapores del vino, las intranquilidades vuelven en tropel. Mis beneficios, en cambio, son mucho más eficaces y duraderos. Yo sumerjo el alma en una permanente embriaguez y comunico al espíritu la alegría y el placer sin exigir nada a cambio. Reparto mis favores entre todos, sin distinción, al contrario de lo que hacen otros dioses, que sienten determinadas preferencias y gustan de tener favoritos. Baco no hace crecer la vid en todos los terrenos, Venus no concede a cualquiera la delicia de la belleza, Mercurio es un tacaño en otorgar a los demás la elocuencia; Hércules y Júpiter no prodigan toda la riqueza y el poder; Marte deja indecisas muchas batallas, y Apolo sólo consuela a los que se lo piden. Y eso por no hablar de las divinidades maléficas como Plutón, Atlas, la Fiebre, la Discordia y otras semejantes, que más que dioses son verdugos. En cambio, yo, la diosa de la Locura, reparto entre todos, con liberalidad sin igual, los beneficios que tanto ansían los hombres. *(Al público)*. Ahora mismo, si alguno de ustedes desea alguna de mis locuras no tiene más que acercarse a mí. *(Espera que alguien lo haga)* ¿No? Bueno, ya lo harán, no se preocupen. *(En secreto, al público)*. ¿Qué creen que me dijo una de las diosas del Olimpo, la más envidiosa? Que yo no tengo templos, que no es fácil que hagan sacrificios en mi honor. *(Ríe)*. No me hacen falta. Noblemente declaro que me siento muy honrada viendo que todos me llevan en su alma y me imitan con entusiasmo y desinterés; un culto así no se encuentra en ninguna agrupación humana o divina. ¿Para qué quiero templos, si el mundo entero es un templo en mi honor y en él, mientras haya hombres, no me han de faltar devotos? Sin inmodestia puedo creer que hay tantas estatuas en mi honor como hombres existen, porque todos llevan en su semblante mi verdadera imagen, unos por voluntad propia, otros a pesar suyo. *(Va por un espejo grande. Lo coloca frente al público, pasa de un lugar a otro con él)*. ¿No me reconocen en sus caras, en sus ojos? *(Riendo baja entre el público, les coloca el espejo, ríe o sonríe. Una música electrónica se escucha mientras tanto. Regresa a escenario, viene feliz)*. Encontré entre ustedes a muchos de los míos. Gracias: Uno desfallece de amor por una coqueta a quien adora con más pasión cuanto más ella le desprecia; aquel otro se casó con la dote de una mujer, no con ella; ese marido vive de lo que le produce la liviandad de su esposa;

ELOGIO DE LA LOCURA.

otro vigila a la suya como Argos celoso. Ahí está también el glotón que gasta en comer todo lo que tiene, y el perezoso; los que piden prestado, los que se sienten felices viviendo en medio de su tacañería sin fin, los aventureros que buscan su fortuna en la guerra, los que adulan a los ancianos para heredarlos. Los que no me gustan son los mercaderes que de la mañana a la noche mienten, roban, engañan, defraudan, a pesar de lo cual se creen las personas más honradas del mundo; y no faltan aduladores o frailes mendicantes que les celebren sus gracias y los traten de “su señoría”, (*Hace una caravana burlona*) buscando que les hagan la merced de alguna migaja de sus bienes tan villanamente adquiridos. En fin, locos por doquier, locos los religiosos que tienen la ambición, no de imitar a Jesucristo sino de asemejarse entre ellos; locos los príncipes y reyes que no pueden ocuparse de sus asuntos particulares sino de los ajenos y deben enfrentarse continuamente a la adulación, los placeres, los vicios, la riqueza, el poder y tienen que evitarlos. Más locos son los cristianos que inflamados por la piedad abandonan sus bienes, desprecian las ofensas, se dejan engañar a sabiendas, se sacrifican, sufren, trabajan, lloran, desean ardientemente la muerte, y, en fin, viven de cualquier modo, despreciando el cuerpo y pensando sólo en la salvación de su alma. (*Se mueven todas las telas y las máscaras*). ¿Me piden que ya terminé? ¿ Dicen que ya hablé mucho? Es cierto. Si alguien me reprocha por haber traspasado los límites convenientes, que tenga en cuenta que soy la Locura y, por lo tanto, mujer, lo que es peor. Acuérdense de aquello de que “los niños y los locos dicen las verdades” *ríe*. (*Camina hasta donde esta la máscara de la razón*). ¿Tú no tienes algo más que decir o acaso también ya te volviste loca? Eso te haría bien. (*Ríe*). Ya termino pero antes quiero decirles que no me gustan los invitados que tienen buena memoria, y añadido, detesto al oyente que todo lo recuerda. Por ello ¡olvídense de cuanto les he dicho, famosos sectarios de la Locura. Salud a todos! (*Camina por todo el proscenio sonriendo ampliamente a todo el público. se detiene*). ¡Si les gustó mi elogio pueden aplaudir y brindar por mí! (*Vuelve a sonreír. Agradece los aplausos. Ella aplaude a su vez, sale bailando. Las telas y las máscaras bailarán también*)

ELOGIO DE LA LOCURA.

RESUMEN.- La locura, representada por un hombre o una mujer, nos hace ver que la vida no es posible si un poco de locura, sin locura no se puede vivir un matrimonio ni gobernar a un país. Termina pidiendo que brinden por ella.

PERSONAJE.- Hombre o mujer de unos 30 a 40 años.

MONÓLOGO.